El buque maldito
y otros misterios del mar

Emilio Salgari • Versión de Seve Calleja

Clásicos Algar Joven

Centenario de un maestro del género de aventuras

UN VIEJO LOBO DE MAR

¿Habéis oído hablar alguna vez de Alquitrán? ¿No? Entonces os contaré cuanto he sabido de aquel marino de tiempos remotos que gozó de gran popularidad entre las gentes de mar. No es mucho lo que de él puede decirse, pues aunque lo conocí personalmente y tuve ocasión de navegar largo tiempo en su compañía y pude vaciar a su lado varias botellas de aquel añejo vino de Chipre que tanto le gustaba, nunca supe su verdadero nombre, ni en qué ciudad o pueblo de nuestra península o de nuestras islas había nacido.1

Era, como digo, un marino de la antigua escuela, digno de figurar entre los famosos navegantes normandos que surcaban el proceloso océano desde cualquier latitud, desde las nevadas tierras árticas del norte hasta el cálido Mediterráneo; que colonizaron la brumosa Islandia y descubrieron la península de Labrador muchos siglos antes de que el mismo Colón pusiera pie en las islas del golfo de México.

¿Cuántos años podía tener? No lo sabía nadie; todos lo habían conocido ya viejo, y no había duda de que lo

1. En este primer relato se adivina la presencia de Salgari, que mediante el recurso de figurar entre la tripulación como un viajero más, se nos muestra como un narrador-testigo, situado entre los marineros y nosotros los lectores, y va marcando el ritmo del verdadero contador de historias que es el viejo Alquitrán.

era, porque tenía la barba blanca, los cabellos ralos y la tez rugosa y curtida por el sol, los vientos y el salitre; pero con todo, no estaba encorvado. Andaba, sí, algo de lado como las gambas y con ese balanceo de cuerpo propio de la gente de mar, aunque el barco estuviera quieto y el mar perfectamente tranquilo; pero tanta era en él la costumbre del balanceo que iba siempre erguido, y cuando pasaba ante el capitán o los oficiales, llevaba erguida la cabeza como un recluta y lanzaba relámpagos de sus pupilas aceradas, que parecían a punto de extinguirse para siempre.

Era Alquitrán rudo como un guante de hierro, brutal a veces, aunque en el fondo no era malo, y supersticioso como todos los marinos viejos. Creía en los buques fantasmas, en las sirenas, en los espíritus marinos y los duendes, y hablaba muy poco. Parecía que le costara hacer oír su voz. Se explicaba casi siempre por monosílabos y por señas; no le gustaba el trato con la gente y se pasaba las horas en el fondo de la cala,[2] de donde no salía sino a regañadientes. Se hubiera dicho que le hacía daño la luz y que no podía vivir lejos del olor penetrante del alquitrán. A esto se debía quizá su apodo de Alquitrán, que con los años hizo que se olvidase su propio nombre.

¿Quién vio alguna vez a aquel oso bajar a tierra? Nadie, seguramente. Tenía un terror instintivo a la tierra. Cuando la nave llegaba al puerto, se le oía gruñir y correr a refugiarse en el fondo de la estiba. De allí nadie podía sacarlo. Si alguno lo intentaba, Alquitrán reaccionaba con violencia,

2. La cala o calado es la parte de un barco que se sumerge en el agua, equivalente a la estiba o bodega.

alzaba furioso los brazos, y con aquellas manazas callosas, huesudas, fuertes como el hierro, golpeaba colérico en las espaldas del imprudente. Y los mozos de a bordo sabían lo que pesaban tales manos.

Mientras el barco estaba en el puerto, el viejo Alquitrán no se presentaba en cubierta. Cobijado en su cubil, pasaba el rato royendo galletas con sus dientes grandes y amarillos, pero fuertes y sólidos como los de un lobo, y vaciando con visible satisfacción unas cuantas botellas del añejo de Chipre, que abría desgolletándolas para no perder tiempo. También consumía, en esos eclipses de cubierta, unos cuantos paquetes de tabaco.

Pero cuando oía las cadenas retorcerse en el cubículo del ancla y alrededor del arganeo, y el batir de las velas y el crujir de las maniobras habituales en las poleas, salía de su guarida y se le veía asomar su cabezota poco a poco por la escotilla y, después de cerciorarse de que la nave volvía a alta mar, salía a cubierta y reanudaba sus funciones. Parecía entonces otro hombre; como si envejeciera al acercarse a tierra y rejuveneciera al alejarse de ella. Se comentaba entre los marineros jóvenes que debía de ser un espíritu del mar, hijo de un tritón y una sirena, nacido en alguna noche tempestuosa. Ya que aquel viejo raro parecía que se divirtiera cuando surgían los huracanes y demostraba un júbilo perverso, que crecía cada vez más, al tiempo que los rostros de sus compañeros de viaje empalidecían de miedo.

¿De qué provendría aquel odio profundo de Alquitrán por la tierra firme? Nadie lo sabía, ni yo tampoco, aunque no pocas veces traté de averiguarlo interrogándolo hábilmente. Cada vez que le hacía preguntas sobre ese particular,

me miraba un instante con gran fijeza; después me saludaba militarmente, porque Alquitrán era rígido observador de la disciplina de a bordo, y me daba la espalda.

Todos los demás lo dejaban en paz; no le preguntaban, porque le temían y sabían que tenía siempre la pesada mano dispuesta a dar un sopapo y el pie listo para soltar un tremendo puntapié.

En fin, los unos le respetaban por su edad, los otros, por miedo. El mismo capitán le dejaba hacer lo que quería, sabiendo que como marino no tenía rival, que podía contar con él como con un perro fiel, y que era capaz de mantener la disciplina en la tripulación con solo su mirada.

Una noche, sin embargo, navegando hacia los mares de la India desde los puertos del mar Rojo, contrariamente a su costumbre, cometió una falta que haría época a bordo de nuestro velero. ¡Lo encontraron borracho perdido en el fondo de la cala!

¿Cómo era posible que aquel hombre, que desde hacía tantos años no probaba los licores fuertes que tanto gustan a los marineros, se hubiera embriagado? El caso fue grave y nuestro capitán, que era muy celoso, ordenó que se esclareciesen los hechos, lo mismo que nuestras autoridades cuando en tierra sucede algún acontecimiento de importancia.

Y nuestra pesquisa demostró que el viejo Alquitrán se había emborrachado por error. Algún alma burlona había introducido entre las botellas de vino de Chipre una de ron, más o menos auténtico, y el lobo marino la apuró entera sin darse cuenta del cambio. Un contramaestre que se embriaga durante la travesía merece un serio castigo, máxime si se trata de un hombre como Alquitrán, tan rígido observador

de la disciplina de a bordo. ¡Qué pésimo ejemplo el suyo si se le hubiese perdonado!

Así es que el capitán ordenó con toda seriedad que se condujese al culpable al puente, en cuanto se le pasara la embriaguez, y avisó a toda la tripulación para que estuviese dispuesta a acudir a un consejo extraordinario.

Dos horas después, el contramaestre, aún aturdido por los efectos del alcohol, que hubieran podido ser fatales para otro estómago menos fuerte que el suyo, comparecía con las patillas enmarañadas, frunciendo el entrecejo y paseando sus ojuelos de fiera cogida en la trampa por los rostros de los demás marineros, como si quisiera descubrir quién de ellos había sido el autor de aquella mala pasada.

En cuanto el capitán lo vio, le salió al encuentro, lo agarró bruscamente del brazo y lo hizo sentarse en un barril colocado junto al palo mayor. La tripulación, a una señal suya, rodeó al culpable y, fingiendo una enorme cólera y engrosando la voz para parecer más terrible y conservar su seriedad, exclamó:

–Viejo Alquitrán –lo llamaba así de ordinario–, ¿sabe usted que el reglamento condena al marinero que se embriaga en horas de servicio?

El contramaestre movió afirmativamente la cabeza.

–¿Es culpable este hombre? –preguntó el capitán, dirigiéndose a la tripulación, que se reía disimuladamente muy regocijada con aquella comedia.

–¡Sí, sí! –fue la respuesta unánime.

–Si fueses más joven –prosiguió el capitán siempre ahuecando la voz–, te haría meter en el cepo, con grillos en los pies y en las manos; pero eres demasiado viejo, así

que te conmutaré la pena condenándote a tener que soltar esa lengua, que normalmente está muda, durante doce tardes. Desátatela, pues, enciende tu pipa y cuéntanos doce historias, las mejores que sepas, que seguro que las tienes que conocer espléndidas. Y tú, cantinero, saca una botella del más añejo Chipre que encuentres en mi camarote, para que no se le seque la lengua a este lobo viejo. ¿Estamos?

Las palabras del capitán fueron acogidas con evidente satisfacción por todos. El viejo Alquitrán contestó a ellas con un gruñido, no sé si de satisfacción por haberse librado del cepo, o de desagrado por la obligación que se le impuso de tener que hablar.